

DIVINO AMOR

De la Tierra en la cárcel prisionero,
avecilla sin alas, nao sin velas,
me miras Tú, Señor, mi Dios, y velas
por que amor sea mi guía y mi sendero.

Y en alas de ese amor vuelo señero
por el aire infinito donde rielas
con luz y majestad y con candelas
que Tú encendiste al palpitar primero.

¿Por qué, Tú mi Creador, yo criatura,
me regalas con goces celestiales
si soy un pecador impenitente?

Son tantas tu Bondad y tu Dulzura,
que hasta nuestras moradas terrenales
llegan —maná— maravillosamente.

T. CEPEDA GIL

LUIS CHAMIZO

DE cuantos poetas han nacido en el firmamento lírico de Extremadura, tal vez Luis Chamizo sea el más recio cantor de la tierra parda.

Luis Chamizo Trigueros nació al iniciarse la presente centuria en la Baja Extremadura, en el pueblo de Guareña, perteneciente a la ubérrima «tierra de Barros», de ricos y abundantes frutos, principalmente cereales y caldos, vino y aceite. También su ganadería es importante.

Hijo del «tinajero Joaquín Chamizo Guerrero», un hombre honrado que trabajó mucho y amó mucho. Luis estudió la carrera de Derecho y el Peritaje Mercantil.

Una de sus primeras composiciones fue la titulada «Consejos del tío Perico». Aparecieron sus primeras poesías en «La Semana», periódico donbenitense, que tuvo a gala ser dirigido por Antonio Reyes Huertas y Francisco Valdés, extremeños también, y también famosos en el campo de las letras. Los versos de Chamizo a que nos referimos, eran versos de mocedad, versos amorosos. No tenía prisa en publicarlos, los leía a sus amigos íntimos.

Con los «Consejos del tío Perico», triunfó Chamizo en los Juegos Florales de Almendralejo, provincia de Badajoz, la populosa capital de los Barros.

Incluimos a continuación algunas estrofas de este poema:

Quéstos hombres qu'al amor de sus terruños
ayuntaron el sentir de sus adentros,
despreciando la pereza sin descanso
de los hijos poltronaos del dinero,
con la juerte calentura de la gloria
que manó del corazón de sus cerebros,
conquistaron pa los Reyes de su Patria
los Peruses y los Méjicos;
y llenaron de pinturas sus iglesias,
y parlaron su sentir en los Congresos,

y cantaron la belleza de sus campos,
y elevaron sus plegarias a los Cielos,
y murieron orgullosos por la causa
de las santas libertades de su pueblo...

Son asina los cachorros de la raza
de castúos labraores extremeños,
que, inorantes de las cencias d'hoy en día,
cavilando tras las yuntas, descubrieron
que los campos de su Patria
y la madre de sus hijos, son los mismos.

A partir de entonces encaminó sus pasos decididamente por el sendero regional, como ha dicho el catedrático y ensayista pacense Eugenio Frutos.

Con su verbo inspirado, la aparición de Chamizo en el campo de la lírica regional, causó enorme sensación. Y es que el genial bardo traía aires renovadores, nueva savia, hálito y vida para captar a Extremadura y a sus tipos castizos, castúos, con su propio y sencillo dialecto, lleno de expresividad. Se hallaba en posesión de una lira tan recia como prócer para interpretar todo lo peculiar y diferenciador de la casta.

Poeta de riguroso temperamento, Chamizo dio muchos días de gloria a Extremadura con su excepcional producción lírica. Su mensaje es recordado constantemente con superior admiración por sus coterráneos y por cuantos se deleitan con su prodigiosa y dominante versificación. Todo ello porque Chamizo —perfectamente penetrado con su solar— acertó a interpretarlo con tal temple y vehemencia que, con los frutos de su numen portentoso, hace sentir la honda emoción que emana de su obra.

Al principio Chamizo trabajó como Abogado en Don Benito, con el jurisconsulto don Victoriano Rosado Munilla. A esta práctica del bufete debió su conocimiento con el ilustre escritor y maestro de periodistas Ortega Munilla, quien después de oír recitar al poeta de Guareña, quedó prendado de sus poemas y de sus grandes dotes como rapsoda. Ello motivó el prólogo de «El mijaón de los castúos», que apareció en 1921 y proporcionó a su autor pingües beneficios, ya que constituyó un éxito rotundo. Pero Chamizo no tenía vocación de Abogado y por ello abandonó las Leyes para seguir la senda del verso, obedeciendo a los dictados de su inspiración.

En «El mijaón de los castúos», su primera publicación escrita en

poco tiempo y también en obra por excelencia, define con acento lírico a la raza extremeña:

Porque semos asina, semos pardos,
del coló de la tierra,
los nietos de los machos, que otros días
triunfaron en América.

Chamizo, poeta, dramaturgo y rapsoda de sus propios versos por la ancha ruralidad extremeña, legó un importante trabajo, siendo «el compendiador de cuanta belleza y armonía hay en nuestros campos, en nuestras gentes y en nuestras tradiciones».

Su poema dramático «Las brujas», lo dio a conocer en lecturas en Sevilla y a sus paisanos en el Ateneo de Badajoz.

«Las brujas» le llevaron mucho tiempo. El poema lo estrenó en 1930: el 25 de Enero, en el teatro «Cervantes» de la bella ciudad del Betis, por la compañía de Pepita Meliá y Benito Cebrián, y el 15 de Octubre del mismo año por la misma compañía en el teatro «Madrid», de la capitalidad de España, donde a Chamizo se le dio, como si dijéramos, el espaldarazo. Recibió el aplauso unánime del público y de la crítica, y por este éxito se le rindió un fervoroso tributo en el que hizo el brindis de honor el genial comediógrafo don Jacinto Benavente, Premio Nobel de Literatura. En «Las Brujas», drama rural, se pintan vigorosamente los tipos extremeños: es obra de moral sana, que acreditó a su autor de ser un extraordinario dramaturgo.

En la postguerra, Chamizo colabora en periódicos y revistas de América y produce otra obra de calidad literaria: «El poema de Extremadura», dedicado «a la santa memoria de todos los caídos por Dios y por la Patria en este amanecer de nuestro viejo imperio», y presentado por el glorioso extremeño maestro del periodismo, José López Prudencio. Chamizo canta, tanto en la acción de la fábula como en el marco social y natural en que encierra el cuadro, el troquel, la cuna de aquellos hombres ecuménicos que abrieron para siempre a España las puertas de la historia universal.

Resaltemos la amistad, la compenetración entre Reyes Huertas y Chamizo. De ella nos habló varias veces el novelista de Campanario en su residencia de los Campos de Ortiga, y del viaje que tenían proyectado efectuar por Hispanoamérica para dar recitales y pronunciar conferencias sobre sus producciones y el movimiento literario español y extremeño, del que ambos eran principalísimos protagonistas.

Chamizo, o el reflejo fiel del ambiente social, de la vida campesi-

na, del pueblo extremeño, donde se desarrolló. Y sobre todo, patriota integérrimo.

Principalmente después de la Cruzada, Chamizo dio magníficos recitales que le granjearon la justa fama de que gozaba como recitador. Félix Valverde Grimaldi, el poeta emeritense, ha estudiado la faceta de Luis Chamizo como rapsoda de sus versos, como un gran declamador de sus propias creaciones. «Estudiaba —escribe Valverde— el tono y el matiz se pronunciaba breve y se hacía sereno, dúctil, lírico, suave, con modulaciones de melodías para ofrecer el contraste, el contracanto. Desde aquellos tiempos mozos de Madrid hasta su Cruzada nacionalista por la España reconquistada en nuestra santa guerra, lo he visto enaltecer las multitudes actuando incansablemente y haciendo resonar su potencial poético bravo y brillante. Dijérase que electrizaba con su declamación, en nada parecida a los profesionales. La poesía de Chamizo no puede decirse más que por Chamizo, porque no soporta imitadores».

Aún siendo muy respetuosos con nuestro admirable amigo Valverde, entendemos que hay algunas excepciones. Demetrio Barrero, temperamento ardientemente extremeño, es un intérprete fiel de los versos de su paisano Chamizo. ¿Quién oyéndole recitar magistralmente «Compuerta» y «La nacencia» —por no citar más poemas profundamente humanos— no ha sentido la más intensa emoción en su corazón? Díganlo sino cuantos le han escuchado en el marco majestuoso de las ruinas venerables del teatro romano de la eternal *Emérita Augusta*.

Arturo Gazul, fervoroso admirador del poeta de Extremadura —con quien le unía una entrañable amistad—, que da a conocer sus facetas inéditas como maestro de recitación y consagrado a la consecución del monumento y al traslado de sus restos a Guareña, califica a Chamizo como «el poeta que logró como ningún otro transmitirnos la emoción entrañable de «La nacencia» en toda la hondura de su misterio y del júbilo doloroso de la maternidad»:

Toito lleno de tierra
le levanté del suelo;
le miré mu despacio, mu despacio,
con una miaja de respeto.

Era un hijo, ¡mi hijo!
hijo de dambos, hijo nuestro...

Ella me lo pedía
con los brazos abiertos.
¡Qué bonita que estaba
llorando y sonriendo!

En la plenitud de su vida y de sus facultades, Chamizo falleció —en el Madrid bullicioso y cosmopolita— el día 24 de Diciembre de 1945, coincidiendo su desaparición con el nacimiento del Niño-Dios, cuando tenía en preparación el poema «Gloria» y en perspectiva «Flor de luna», zarzuela de ambiente extremeño, a la que iba a poner música el maestro Pablo Sorozábal.

Guareña, donde vino al mundo; Guadalcanal, donde contrajo matrimonio con doña Virtudes Gordo, y Mérida, tan espiritual, se disputan sus afectos por el bardo de Extremadura.

A Tomás Rabanal Brito, periodista emeritense, se debe un ensayo biográfico del autor de «La nacencia», para el que escribiera palabras prologales Valverde Grimaldi.

Chamizo, en el que se conjugaban admirablemente «su maestría de versificador y su talento dramático, que supo la ingenua alegría de los castúos extremeños», pese a los nobles empeños y esfuerzos considerables, todavía no cuenta en Guareña, su pueblo natal, con el monumento por el que clama Extremadura. La plaza de Guareña está pidiendo insistentemente el monumento a su hijo excelso, gloria de las letras hispanas, digno cantor de la raza, prototipo de adelantado espiritual.

Sin embargo, Badajoz, capital de la provincia donde vino al mundo el autor de «El miajón de los castúos», se precia ya de haberle erigido el monumento que perpetuará su egregia memoria.

La base del mismo lleva el escudo del Ayuntamiento de Badajoz, con una hoja de laurel. Debajo, la siguiente inscripción: «A Luis Chamizo el Excmo. Ayuntamiento de Badajoz y la Real Sociedad de Amigos del País». «Porque semos asina, semos pardos, del coló de la tierra...».

Extremadura vibró enardecida ante el monumento que perenniza a Chamizo, el popular bardo, el poeta por antonomasia de la región Conquistadora, de su paisaje, de su ambiente y de sus rasgos característicos.

EL HOMENAJE QUE SE PROYECTA TRIBUTAR A CHAMIZO

Ahora se va a tributar un justo homenaje de carácter nacional,

hispanico al gran poeta, y en estos momentos en Badajoz se perfila el programa.

Se trata de honrar a Chamizo con el más férvido y cálido acento. Todas las autoridades han mostrado su entusiasmo por la mejor recordación de la memoria del autor de «El mijaón de los castúos».

Se tiene conocimiento de que el Consejo Editorial del Instituto de Cultura Hispánica prepara la edición de las obras completas del poeta, incluyendo algunos textos inéditos. El Instituto que dirige Gregorio Marañón Moya, paladín de la Hispanidad, ha manifestado su singular interés por el homenaje y por su participación en el mismo.

En lo que concierne al aspecto popular, por los mejores intérpretes de la poesía Chamiziana se declamará una antología de sus versos y se interpretará música sinfónica extremeña, habiendo recogido el maestro Santiago Berzosa González un precioso repertorio.

Se habla de la representación teatral de «Las Brujas», y se tiene conocimiento de diversas colaboraciones.

En otro orden, se proyecta la celebración de unas Justas literarias con la participación de poetas de relieve y hondura de España e Hispanoamérica.

Posiblemente el tributo que se dedicará al poeta de Guareña será el «Día de la poesía». ¿Qué mejor fecha para enaltecer al genio de la raza?

También se anhela la total terminación del monumento a Chamizo en su propia cuna, Guareña.

Todo lo que contribuya a la mayor exaltación de Chamizo cuenta con la adhesión del autor, consagrado de siempre y amorosamente a una valoración justa y adecuada de las figuras extraordinarias de la tierra.

Extremadura se nutre de la savia de los esforzados conquistadores — aquellos hombres ecuménicos y casi mitológicos —, y de ingenios peregrinos como Chamizo, capaz con su estro de dar lustre y fama a la región que lo alumbró.

1966.

Francisco Valdés

Entre las figuras prestigiosas de Extremadura en el campo de las letras sobresale la de un escritor violentamente arrebatado a la vida cuando estaba en la plenitud de su talento: Francisco Valdés Nicolau, el magnífico prosista extremeño, el estilista que convivió muchos años con la famosa generación del 98, aunque él era más joven que las señeras figuras a la misma pertenecientes.

Francisco Valdés nació el 21 de Septiembre de 1892, en la hermosa población de Don Benito, uno de los pueblos más grandes de Extremadura. Era hijo de don Manuel Valdés Quirós y de doña Manuela Nicolau Solo de Zaldívar. Vástago de una de las familias de labradores más ricas de Extremadura, Francisco adquirió los conocimientos de la enseñanza primaria con las monjitas del Santo Angel y estudió el bachillerato con un grupo de licenciados y personas cultas dirigido por don Ramón Hermida, que le proporcionaron formación clásica más bien literaria que científica, dejando honda huella en el estudiante que, bien pronto, se aficionó a penetrar en la historia y la geografía y, sobre todo, en la historia del arte que le cautivaba.

Tan pronto como termina el bachillerato se traslada a Madrid para asistir a la Universidad, donde cursa las carreras de Leyes — con el propósito de hacer oposiciones a Judicatura — y Filosofía y Letras. Llevado de su afición literaria merodea por los cenáculos en los que se reúnen preclaras figuras de la generación del 98. Visita museos y bibliotecas. En Valdés parecen conjugarse perfectamente el artista y el poeta.

Impulsado por su vigorosa vocación literaria — sus relaciones, su amistad con Juan Ramón Jiménez, Luis Ruiz Contreras, etc., bien lo indicaban — muy joven Francisco Valdés empezó a colaborar en «La Jornada» y «El Parlamentario», de Madrid, a cuyo frente estaba Luis Antón del Olmet, «El Norte de Castilla», de Valladolid y «El Correo de la Montaña», de Badajoz.

Viaja por Portugal, Andalucía, Cataluña y Alemania, y Valdés deja la impronta de sus impresiones en el género epistolar. De todos los viajes el más beneficioso es el de la nación centroeuropea, ya que va acompañado por Aurelio Viñas, Lector de la Universidad de la Sorbona, que había de profesar un curso de conferencias en

Bruselas, Hamburgo y Berlín. (Viñas, catedrático de Historia de España, escritor e investigador incorporado a la Sorbona, viajero infatigable por Europa, América y África, sabio historiador, especializado en el reinado de Felipe II, divulgó la realidad de España en el orden histórico, artístico y literario en magníficas conferencias). Valdés hablaba el alemán, el italiano, el portugués y el francés, lo que le permitió una más perfecta asimilación de la cultura de los países por los cuales paseó su espíritu curioso, inquieto y andariego.

En su pueblo natal y en unión de un tío suyo de singular cultura, Ernesto Nicolau, funda el periódico local «La Semana» —al principio de carácter estrictamente literario, pero que pronto hubo de convertirse en campo de polémicas políticas—, poniendo a su servicio no sólo su entusiasmo, sino también su dinero; pero el negocio no pudo ser más ruinoso.

Valdés se dedicó durante algún tiempo a la enseñanza, y cuando periclita su afición por el cultivo del campo pedagógico, se incrementa y robustece fuertemente su vocación literaria y periodística, iniciando la colaboración en el periódico «Hoy», de la capital pacense. y «ABC» e «Informaciones», de Madrid.

También se ocupaba de la administración de su hacienda, del patrimonio familiar, que llega a absorber su atención casi por completo, sobre todo a partir del fallecimiento de su progenitor, que ocurrió el año 1929.

En el año 1924, Valdés publica «Cuatro estampas con su marco», y el año 1932 las duplica bajo el título «Ocho estampas con su marco». Es una edición para amigos. Después ven la luz pública «Resonancias» y «Letras». Todos estos volúmenes aparecieron en la editorial Espasa-Calpe.

El verano de 1932 Francisco Valdés, ya un tanto maduro, conoció a Magdalena Gámir Prieto, de quien afirmaría poco después que le tenía «prendido el corazón» y que Dios había de concederle por esposa, derrochando con este motivo —en cartas maravillosas— toda la efusión de amor que anidaba en su corazón.

Celestino Vega Mateos, médico y literato serradillano, acogido al regazo donbenitense, amigo entrañable de Valdés, nos ha dicho que Magdalena «fue digna de él por su bondad, su cultura y su finura espiritual», juicio que nos releva de más elogios por condensarlos con enorme precisión, aunque bien pudiéramos agregar que vive consagrada a su fervoroso y permanente recuerdo.

Cuando el escritor contaba 43 años, experimentó la emoción, el

gozo profundo de la paternidad. «Le nació un varón chiquito, despabilado, con unas melenas atroces».

Mas esta felicidad, desgraciadamente, había de durar poco. Fueron «dos años escasos de matrimonio y en una época bien aciaga», nos ha manifestado Magdalena cuando acudimos a su gentileza en demanda de datos acerca de su ilustre esposo.

Valdés alternaba su estancia entre el campo y Madrid. Estudia a Gabriel Miró, la figura de su coterránea la poetisa Carolina Coronado, y también la de don Alvaro de Monroy, trabajos que desaparecieron en los registros a que se vio sometida su casona durante la guerra y que representan una irreparable pérdida para las letras extremeñas y nacionales.

Un trabajo excelente que había dedicado a Santa Teresa de Jesús se publicó en varios periódicos; el titulado «No quería ser inteligente» apareció el histórico día 18 de Julio de 1936.

El 15 de Julio de 1936, Valdés —que estaba con su esposa e hijo en Madrid— partió para Don Benito. Su familia lo hizo el día 17 para Andalucía. ¡Oh, inescrutables designios del destino! No habían de volverse a ver.

Detenido el 15 de Agosto, Francisco Valdés fue vilmente asesinado por el populacho ante las tapias del cementerio de su pueblo, en la madrugada del día 4 de Septiembre de 1936. En una carta que no llegó a poder de su madre —y por ello tampoco a los de su esposa e hijo—, dejó el relato sencillo de sus días de cárcel en aquel, su celda, «donde he sufrido como nunca he sufrido». Esta triste y atroz muerte tuvo aquel hombre menudo, concentrado, retraído, estudioso y modesto que consagró su pluma a su región y sus figuras.

Santiago González Murillo, escritor donbenitense y discípulo de Valdés, estudió su epistolario con su amigo y mentor el literato Luis Ruiz Contreras, trabajo que ilustra para el más profundo conocimiento del escritor.

Valdés se reveló como escritor en la «Página literaria» de «El Correo de la Mañana», de la capital badajocense, que dirigía el maestro de periodistas y crítico literario José López Prudencio, quien afirmaba que «Las retamas» era la mejor prosa escrita en los años de 1900 a la fecha en que escribió dicha estampa. No podemos resistir a la tentación de transcribir algún párrafo de este poema en prosa, de este canto de lo que constituye parte tan esencial del paisaje extremeño.

«Sobre todo en primavera, el retamal era un encanto. Brotaban sus flores, de un amarillo anaranjado, que exhalaban un denso olor,

embriagándolo todo. Verde olor de verdura. Dilatado verde olor de amargura. El amargo de sus zahumas, de sus vástigas, de sus raíces —rectas, finas— barreneras de la tierra. Y cuando el sol caía de la altura, onduladas por la brisa, era una sinfonía rumbosa de paganismo. ¡Las estampas!»

Los juicios que de Valdés hicieron Unamuno, «Azorín», D'Ors, Miró, etc., son de los más elogiosos que pueden darse.

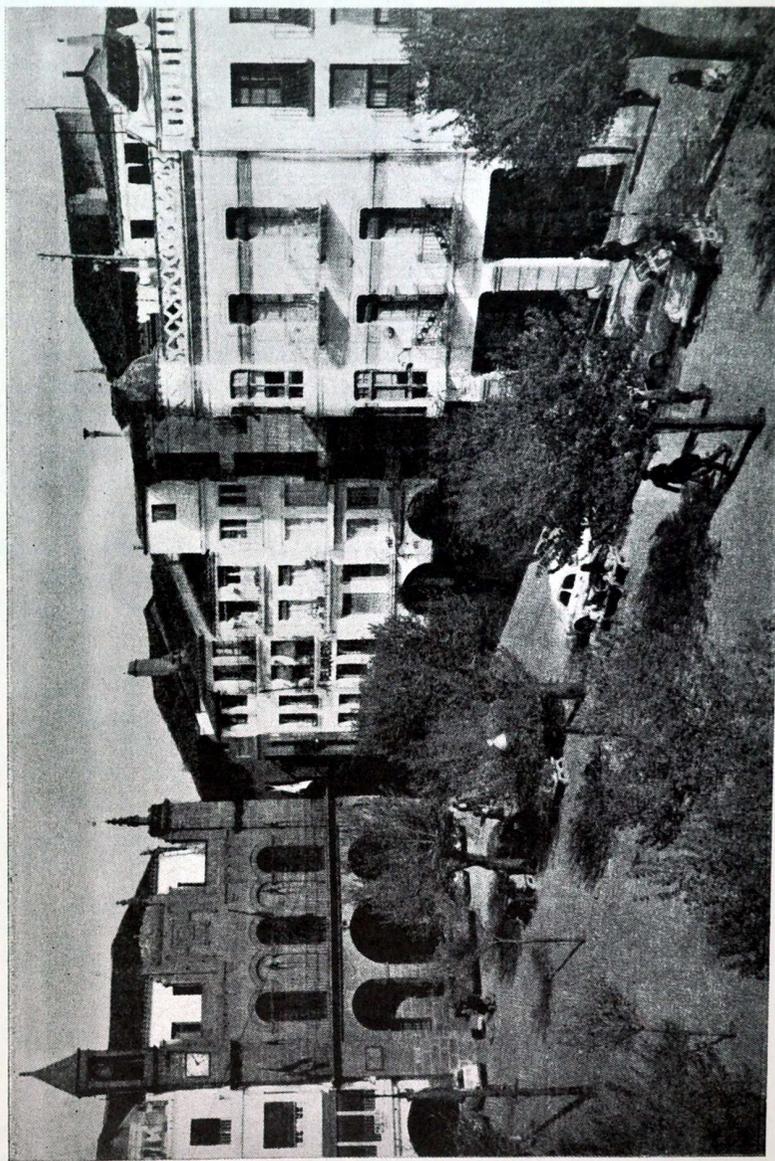
Además de los tres libros que hemos citado, Valdés publicó infinidad de artículos y crónicas en periódicos y revistas sobre temas políticos del momento, otros sobre asuntos literarios, ensayos, reseñas, etc., que su esposa e hijo se disponen a recoger en un volumen con algunas poesías también desperdigadas, lo que juzgamos importantísimo para el estudio completo del malogrado escritor.

El P. Félix García, Francisco de Cossío, Teófilo Ortega, Arturo Gazul, Manuel Hidalgo, Ruiz Contreras y otros ingenios se ocuparon de la obra del gran donbenitense; Enrique Segura Otaño ha escrito una semblanza bien ajustada, y su hijo Enrique Segura Covarsí, un estudio de nuestro biografiado.

El periodista Francisco Casares ha dicho que «Valdés ha sido uno de los espíritus españoles más finos y más sensibles», sosteniendo que «sus exquisitas estampas extremeñas son trozos de paisajes vivos y pedazos del alma y retazos de sicología de una tierra».

Su cultivo constante, sus lecturas reposadas, detenidas, y su permanencia en la casona y en los dilatados, fértiles y opulentos campos pacenses contribuyeron poderosamente a moldear su espíritu de literato fino y elegante, trocándose en un verdadero maestro del pensar y exponer en una prosa cincelada.

Francisco Valdés amaba al campo por encima de todo y muestra siempre honda preocupación por quienes a él dedican sus afanes y sudores. Por ello, en un arranque de sinceridad, refiriéndose a sus campos, anota: «Aquí he vivido yo, me he criado entre mis retamas, que antes fueron de mi padre, y antes de mi abuelo, y antes de mi bisabuelo. Salvo una temporada pasada baldíamente en la Universidad madrileña, mi vida estuvo adscrita a este retamal con sus viejas encinas. Era mi fiel consuelo y la flor de mi existencia. Mi trato con la vida humana me dañó el cuerpo y el espíritu. Iba logrando sanarlo, al contacto del abierto paisaje de la recia Extremadura; de este rincón del mundo que mis antepasados lograron infundirles su aliento con sus dignos deseos y sus obras de rectitud. Vidas de honradez enmarcadas patriarcalmente, el buen consejo atinado, la ayuda consoladora, la censura estricta cuando era necesaria, el respeto y la



ALBUM EXTREMEÑO.—Plaza Mayor. Al fondo el Ayuntamiento. Plasencia. (Foto Arribas).

consideración mutuas. Que no llegara a abrir sus fauces el hambre en derredor».

Extremadura se ve envuelta también en luchas banderizas, propagandas peligrosas que cambian la faz del campo y de sus honrados labradores. Esto motiva que el poeta se preguntara en un romance:

¿Qué han hecho, rudo labriego,
de tu honradez tan honrada?

«Sólo nos queda sus libros bien amados y gracias a Dios conservados», tales son las palabras de conformidad cristiana de Magdalena, estampadas en una misiva llena de emoción al trazar apresuradamente los rasgos fundamentales del inclito varón al que estuvo unida «dos años escasos y en una época bien aciaga». Pero de Francisco Valdés Nicolau queda la huella de su vida y de su muerte ejemplar y su obra de estilista contenida en sus libros —de bellas y serenas páginas como los campos pacenses— y artículos que constituyen como si dijéramos un monumento a Extremadura y sus hombres, que el escritor llevaba tan dentro de su corazón de extremeño.

Don Adrián Sánchez Serrano, el cura de Colón

La historia ofrece numerosos casos de poblaciones que se disputan el nacimiento de figuras ilustres.

En la Baja Extremadura —la parcela de mayor extensión superficial de España—, la villa del Valle de la Serena y la ciudad de Don Benito se enaltecen por su celo al pretender contar entre sus vástagos eminentes al insigne filósofo, diplomático y elocuentísimo orador Juan Donoso Cortés, primer Marqués de Valdegamas.

El caso del origen de Colón basta a constatar la afirmación antes hecha. Aún se registran nuevas aportaciones de datos relacionados

